

LUISA ETXENIKE<sup>1</sup>

DE VIVA VOZ

*a Ainhoa Arteta y Sarah Croft*

**T**ener que aguantar toda la cena y toda la noche con una única copa de vino, porque hasta aquí no hay quien venga si no es en coche y yo no me quedo a dormir ni loco. Con lo bueno que estaba ese vino que seguro que mi madre ha elegido con todo el cuidado del mundo, claro, lo mejor para el día del cumpleaños de aitá. Y encima tener que sufrir que haya nacido el ocho de marzo, él que de feminista tiene lo que yo te diga.

—¿Por qué no te quedas a dormir, Miguel?

Me pregunta mi madre cada año desde que viven al cabo de esta carretera que de noche parece un camino de cabras, con cien ojos tienes que conducir, como para beberte una segunda copa de ese vino delicioso que mi madre ha elegido para él.

—No, amá, prefiero dormir en Bilbao, mañana tengo que trabajar muy temprano.

Le contesto aunque nunca es cierto, nunca tengo que madrugar, pertenezco a ese grupo de privilegiados que trabajan en casa, en un piso minúsculo pero por lo menos céntrico, que no tiene nada que ver con la casa que ellos se han comprado en este pueblo alejado de todo, esta casona en la que mi padre, porque seguro que ha sido idea suya, ha decidido que se enclaustran los dos, y donde yo no pienso dormir ni loco. Quedarme a dormir sería una manera de aprobar el exilio forzoso de mi madre. Mira que nacer el ocho de marzo, él. Y

<sup>1</sup> Ver en este mismo número la entrevista a esta prolífica autora. <http://www.luisaetxenike.net/>

encima ninguno de mis hermanos ha venido, Aitor porque sigue en Alemania y Mercedes porque sigue encontrando las mejores excusas del mundo.

Con cien ojos hay que conducir por esta maldita carretera de noche, y tengo el sabor del vino aún en mi boca y la mirada de mi madre, como si pudiera tenerla en la boca también, la textura firme, consistente de su mirada:

—¿Por qué no te quedas a dormir, Miguel?

—No, amá, mañana madrugo.

—Pues vete con cuidado que ya sabes cómo es este camino.

—No te preocupes.

—Llámame cuando llegues.

—Mejor te mando un mensaje para no hacer tanto ruido.

—Bueno.

—No te quedas esperando.

—No.

Su mirada que nunca sé cómo interpretar. Serena y un poco distraída, como si realmente fuera feliz. Pero no puede ser feliz, y menos después del ataque de aitá, no puede ser feliz exiliada en el quinto pino, sola con él.

Y aunque voy despacio y atento, al salir de la curva estoy a punto de empotrarme contra ese coche parado casi en medio de la carretera porque aquí no hay arcén. Al lado del coche hay un hombre y en cuanto me ve se pone a hacerme señas. Freno del todo, se acerca, bajo la ventanilla.

—Dos italianos —dice— iban en moto delante de mí, bastante rápido. Y de repente, visto y no visto, se han salido de la carretera y se han caído por el terraplén.

Salgo del coche, pero enseguida vuelvo a entrar a coger la pe-lliza. Cae una lluvia fina y cortante, como un spray helado. El hombre habla atropelladamente. Hace tanto frío que el aire sale de su boca como espuma.

—Por lo menos uno de los dos está muerto, el otro no he mirado, he subido corriendo a llamar a la DYA, ya están de camino.

Los faros del coche dan suficiente luz. Veo la moto entre los arbustos y dos cuerpos en el suelo, a unos veinte metros el uno del otro. Ninguno de los dos se mueve.

—¿Cuál es el muerto?

—El que está más cerca de la moto.

Doy unos pasos en la otra dirección.

—¿Vas a bajar?

—Por si el otro está vivo.

—Ah. Bueno, yo me quedo esperando aquí. Me han dicho que la ambulancia viene de camino.

No es un hombre, es una chica. Le he levantado la visera del casco. Acerco mi cara. No está muerta.

—Carlo —dice muy bajito—, Carlo, sei tú?

Y separa un poco la mano del suelo y palpa el aire, buscándolo demasiado cerca. Se le ha caído el guante.

—Sei tú? Parlame, Carlo.

Cojo su mano helada entre las mías. Creo que esto no es peligrroso, que se les puede hacer a los heridos.

—Parlame, Carlo.

Y yo no sé qué hacer, con su mano helada entre las mías, no sé qué hacer. Pero empiezo a hablar. Espuma también saliendo de mi boca, o niebla. Niebla como la que en las películas marca la frontera del tiempo.

Y le hablo en italiano a esta mujer malherida, le hablo casi al oído. Le digo palabras, frases enteras que no sabía que estaban en mí. Le hablo en italiano como si supiera esta lengua que no sé.

Y todo por ella. Nosotros la odiábamos.

Le hablo, como si fuera Carlo. Le hablo de memoria, como si se hubiera abierto dentro de mí una especie de trastero; estaban ahí todas estas palabras italianas, guardadas dentro de mí, y yo no lo sabía.

Y todo por ella; y por mi padre que nos la imponía a cualquier hora. Todos teníamos que escucharla, a cualquier hora, sólo porque a él le gustaba.

Palabras como niebla, la frontera del tiempo y el consuelo para esta mujer quizá moribunda. Como mi padre moribundo después del ataque. O tal vez no, tal vez no se muere.

Y sigo diciéndole casi al oído lo que no sabía que había guardado dentro de mí, palabras en la niebla, sigo diciéndole:

—Vorrei che fosse amore, amore quello vero, la cosa che io sento e che mi fa pensare a te...

Y ella ya no pregunta por Carlo, como si creyera de verdad que está a su lado, susurrándole palabras de amor. O a lo mejor lo que pasa es que ya no tiene fuerzas para hablar o buscarle, pero no está muerta. Y yo sigo:

—Se c'è una cosa al mondo che non ho avuto mai è tutto questo bene che mi dai...

Así frase tras frase, hasta que llegan los de la ambulancia.

—¿No la habrás movido?

—No, sólo le he cogido de la mano, porque estaba helada.

Y estoy a punto de decirles que también le he cantado, sin música, sólo las letras que sabía de memoria sin saberlo, que había conservado intactas en mi memoria porque mi padre nos obligaba a escucharla a cualquier hora y nosotros la odiábamos. Pero no se lo digo; sólo pregunto cuando ya estamos en la carretera, a punto de que cierren la puerta de la ambulancia y se la lleven al hospital:

—¿Cree que se salvará?

Pero tienen prisa y no contestan.

Ahora hay más coches y me cuesta hacer la maniobra y dar la vuelta.

Y me voy de allí, con la cabeza llena de canciones; con un trastero de memoria abierto en mi interior, como en una mudanza, y ya no me reconozco las cosas, los muebles, por dentro, no me los reconozco.

Y mi madre me abre la puerta vestida aún con la ropa de la cena, aún maquillada para la fiesta del ocho de marzo, que no es en su honor; y me mira con esos ojos que nunca sé cómo interpretar, que nunca quiero saber cómo interpretar pienso ahora, entre sorprendidos y todo lo contrario: convencidos de que tarde o temprano me quedaré a dormir en esta casa del quinto pino. Con esos ojos satisfechos, pero con generosidad, sin victoria, me dice:

—Has vuelto.

—Por Mina.

—¿Qué Mina?

—¿Qué Mina va a ser?, la cantante italiana.

Y le cuento a mi madre el accidente y que mientras llegaba la ambulancia, para que esa chica no supiera aún que Carlo estaba muerto, le he repetido las letras de todas las canciones de Mina que recordaba sin saberlo, y son un montón:

Por aítá, que nos obligaba a escucharla, ¿te acuerdas?, y nosotros la odiábamos.

—¿Quién es nosotros?

Pregunta mi madre sin sorpresa pero con curiosidad, mientras me empuja hacia el interior, hacia el calor de su casa.

—Todos, mis hermanos y yo. Y tú.

—Qué tontería; estás muy equivocado. A Mercedes le encantaba. Hace poco vino a vernos y se quiso llevar todos los discos, fíjate. Me los pidió porque le hacía ilusión tenerlos y oírlos así, en vinilo. Le dije que todavía no.

—¿Y a ti te gustaba?

—Una barbaridad; yo aficioné a tu padre.

—Pues yo la odiaba.

—Qué tontería. Pobre mujer. Con lo bien que lo pasábamos.

Y aunque lleva aún el maquillaje de la fiesta, la veo ruborizarse.

Como una niebla que parte el tiempo, también otro rubor en su cara. Vuelvo a verla mucho más joven, en nuestro piso de la calle Marqués del Puerto; en el salón la veo desde el suelo donde estoy tumbado boca abajo, apoyado en los codos, tapándome los oídos para no oír a Mina; con los oídos tapados pero los ojos muy abiertos mirando a mi madre; y de reojo, de vez en cuando, a mi padre que también la mira; lo sé aunque no quiero saberlo, no quiero darme cuenta de que la mira, la mira como un hombre mira a una mujer, a la mujer guapa que es mi madre; y le miro de reojo y luego a ella, como un adolescente mira a su madre sin saber cómo mirarla ya, la mira sin infancia ya en él y sin esperanza. Y suena la voz de Mina y mis padres se miran y yo miro por ahí para ver por dónde andan y qué hacen mis hermanos, si también asisten a la escena, si les importa la escena de las miradas, pero no. Mercedes tararea la canción y mira y remira su pulsera nueva, dándole vueltas en su muñeca. Y Aitor está haciéndose el interesante, leyendo de pie una revista, apoyado contra las estanterías de la biblioteca. Y vuelvo a mirar a mi padre de reojo, y le veo tan atento y tan satisfecho mirándola a ella; le miro de reojo, de refilón, y luego vuelvo los ojos hacia mi madre y me doy cuenta de que está un poco ruborizada; sin esperanza y sin infancia ya, distingo su rubor.

La miro ahora en este salón tan distinto:

—Te has puesto un poco roja, amá.

—Será el frío que ha entrado de la calle.

Dice, como si fuera una respuesta definitiva, pero no lo es. Mi madre tiene con ella, siempre a mano, su condición dual; dual no, doble. Siempre con ella, a mano, la ganancia de su multiplicación.

—O será por los recuerdos de Mina.

—¿Qué recuerdos te trae?

—Los mejores.

—Cuéntamelo.

—¿Contártelo?

Pregunta mi madre con su voz entre despierta y retraída; entre decidida y aún sin convencer.

—¿Contarte una cosa como ésa? ¿Gratis? ¿“De cara” como decís vosotros?

—“Por la cara”, amá; se dice por la cara.

—¿Así por la cara, quieres que te lo cuente?

Repite entre divertida y melancólica, entre el presente y el pasado; niebla de tiempo.

—Me ha impresionado mucho lo de esa mujer.

—Sí, pobrecita, ¿crees que se salvará?

—No me lo han dicho los de la ambulancia. Pero no había perdido el conocimiento y a lo mejor no es tan grave.

—A él sí lo ha perdido para siempre. Qué terrible perderlo.

Y no es en Carlo en quien está pensando mi madre, lo sé. Y yo pienso en mí, en que no tengo a nadie en quien pensar; ni nadie que me piense, ahuyentando la insoportable idea de perderme.

—Qué terrible.

—Sí.

—¿Tú sueles pensar en la muerte, Miguel?

—En la muerte entera, no. En las muertes parciales sí pienso, a menudo. Más que pensarlas las comprendo, las compruebo en mí. Se mueren partes de uno constantemente. Te mueres por etapas, por sentimientos y pensamientos que te caducan.

Y ella, sin caducar, me pregunta:

—¿Qué me das si te cuento lo de Mina?

—¿Qué quieres?

—Que te quedes a dormir esta noche y alguna que otra vez cuando vengas a vernos.

—Sí.

Y mi madre, como imaginando que yo también llevo en mí la riqueza de lo doble, la ganancia del vértigo y el equilibrio, igual que ella; como imaginándolo insiste:

—Dilo otra vez.

—Sí.

Y lo que me cuenta es que Mina era el deseo. Como un código secreto entre mi padre y ella para comunicarse el deseo de estar juntos, de acariciarse, de hacer el amor. Mina era como un lenguaje ci-

frado para transmitirse esas ganas, a través del territorio enemigo, en esa guerra contra el deseo que es el trajín de la vida corriente y de los hijos y de los trabajos y de las tres comidas diarias y las dos intermedias; y de los deberes y las compras y los teléfonos que suenan en los momentos más inoportunos; en esa guerra de la vida doméstica, sobre ese campo de batalla, ellos se mandaban mensajes cifrados de deseo a través del código secreto de las canciones de Mina. A cualquier hora, en cualquier circunstancia, con el salón lleno de niños o de visitas o de preocupaciones o de vajillas, él se levantaba y ponía un disco:

—Y yo sabía que me deseaba y que en cuanto pudiéramos estaríamos juntos. Y yo lo mismo. Nos lo decíamos con aquella voz de Mina que es como salir del agua y tumbarte en la arena, sin toalla ni nada, y que te dé el sol.

—Tú nunca ponías los discos, sólo aítá.

—¿Cómo que no? Qué tontería. ¿Quién te ha dicho a ti eso?

Y yo no le digo que nadie me lo ha dicho, que simplemente lo sé o lo sabía como tantas cosas...por tantos sentimientos o tantas emociones o tantas figuraciones mías que a lo mejor no se mueren por partes pero sí te hacen morir. No le digo que no sé en qué momento se me murió o me morí a la confianza en mi padre; en qué momento me convencí, sin posibilidad de escapar hacia otro lado de mí mismo como haría mi madre, me convencí de que mi padre era un hombre sin amor, sin talento para el amor. En qué momento decidí, sin alternativa ni recambio en mi interior, que él había hecho infeliz a mi madre; que ella le había regalado a ese hombre taciturno, severo, inatractivo, casi mudo, su belleza y el tesoro de su movilidad, a cambio de nada o de poco más que el confort material y la compañía. No sé en qué momento me quedé fijo en esa convicción. Pero aquella tarde, tumbado boca abajo sobre la alfombra del salón de Marqués del Puerto, ya estaba convencido, mientras Mina cantaba y yo asistía a la escena de las miradas, tapándome los oídos. Tratando de taparme por dentro las rendijas por donde se colaba ya mi infancia; y por donde, al mismo tiempo que se iba mi infancia, me subía un aire caliente, como desde un aparcamiento subterráneo, el aire caliente de la adolescencia inevitable, de la madurez inexorable, de la comprensión sin vuelta de hoja de que el amor no es un derecho sino un talento.

Y yo estoy solo. Y mi padre no está solo, él las tiene a las dos, a mi madre que ahora bosteza como si en lugar de dormirse fuera a despertarse, y a Mina. Lo sé, a pesar de todas mis figuraciones, ahora

lo sé; ahora lo veo porque me dejo verlo, porque llevo una mudanza en mí.

Y podría callarme simplemente, dirigirme sin más hasta la habitación que mi madre siempre tiene preparada en esta casa tan espaciosa que a lo mejor ha elegido ella; podría irme a acostar y no decir nada, pero le digo:

—Ese accidente me ha abierto algo por dentro. Como un trasero que había en mi interior. Y encuentro allí cosas que me están revolviendo entero; como en una mudanza. Y no me reconozco.

Y ella dice como sin intención o a propósito:

—Tu padre no está acostado aún.

Y entonces yo hago lo impensable; me dirijo a su cuarto, abro la puerta. La luz está encendida y él sigue en la silla de ruedas, vestido aún con la ropa de la fiesta del ocho de marzo, sólo a él se le ocurre nacer un día así; lo inconcebible hago: empujo un poco la silla, la arrimo a la cama, y me siento en el borde, frente a él.

Y me pongo a cantar bajito:

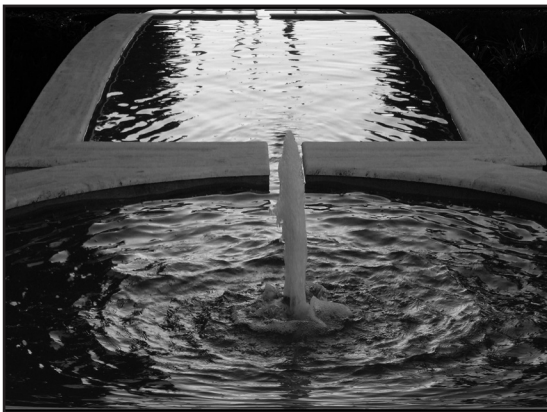
—Vorrei che fosse amore, amore quello vero, la cosa che io sento e che mi fa pensare a te, vorrei poterti dire che t'amo da morire...

Y mi padre también se pone a cantar bajito:

—Vorrei sentirti dire che m'ami da morire...

Se sabe esta canción y la siguiente y la siguiente, de memoria. Niebla de la memoria en la boca que confunde los tiempos.

Y seguimos cantando como en un viejo vinilo, con sobresaltos, seguimos cantando.



© GPR.